

bre una silla, cerca de la ventana. Y allí quedó el viejo, sofocado, vencido, en la humillación de su antigua autoridad muerta. Aquello había terminado, y ya no podía confiar en nada, habiéndose despojado de sus bienes.

Reinó un profundo silencio y todos quedaron temblando. Los niños ni siquiera habían respirado por temor á una bofetada. Después volvió cada cual á su ocupación como si no hubiera pasado nada.

—¿Y la hierba?—preguntó Elisa;—¿es que la vas á dejar en el corral?

—Voy á entrarla—respondió Francisca.

Cuando volvieron y hubieron comido, Buteau, incorregible, le metió la mano en el pecho á la muchacha para coger una pulga que le picaba, decía ella. Esto no le disgustó, y hasta celebró la gracia.

—No, no; está en algún sitio que te mordería.

Fouan no se había movido, silencioso en su obscuro rincón. Por sus mejillas corrían dos gruesas lágrimas. Recordaba la noche en que había rotó con los Delhomme, y ahora le acometía la misma vergüenza por no ser el amo, la misma cólera que le hacía obstinarse en no querer comer. Le habían llamado tres veces y siempre había rehusado su parte de cena. De pronto se levantó y desapareció en su alcoba. Al día siguiente, al amanecer, abandonaba á los Buteau para ir á instalarse en casa de Jesucristo.

III.

Jesucristo estaba siempre ventoseando, alegrando siempre la casa con aquellas ventosidades. ¡Qué diablo! En su casa no se aburrían, porque nunca dejaba escapar uno de aquellos ruidos sin acompañarlo de una broma. No quería los ruidos vergonzantes, ahogados, tímidos; sus detonaciones eran siempre francas, de una solidez y de una amplitud de cañonazos; y á cada vez, con la pierna levantada, llamaba á su hija, con tono apresurado de mando y con aire severo.

—Trouille, ven aquí, ¡voto á....!

Acudía ella, y estallaba el cañonazo tan vibrante, que la hacía saltar.

—¡Corre de prisa y cógelo con los dientes, á ver si tiene nudos!

Otras veces, cuando ella llegaba, le alargaba la mano.

—¡Tira, tira, hay que rasgar esto!

Y cuando se producía la explosión con el estruendo de una mina muy cargada:

—¡Ah! ¡gracias! ¡qué duro estaba!

Ó haciendo que se echaba á la cara un fusil imaginario, apuntaba con calma, y ya descargada el arma,

—¡Ve á buscarlo y tráelo!

La Trouille reía hasta ahogarse. Aquella era una alegría siempre renovada y cada vez mayor: ella conocía el juego; esperaba hasta el trueno final y se entusiasmaba. ¡Oh! ¡aquel padre era muy gracioso! En tanto hacía como que se diri-

gía á un inquilino que no pagaba y á quien echaba á la calle; en tanto se volvía con sorpresa y saludaba gravemente, como si la mesa le hubiera dado los buenos días; en tanto soltaba todo un bouquet para el señor cura, para el señor alcalde, para las señoras. Se hubiera creído que el tunante sacaba de su vientre todo lo que quería, como si fuera una caja de música, hasta el punto de que en El Buen Labrador, en Cloyes, le apostaban: —Te pago un vaso si sueltas seis; —y soltaba los seis y ganaba siempre. Aquello era una verdadera gloria, y la Trouille se enorgullecía, gozando por adelantado desde que él levantaba la pierna, en continua admiración ante él por el terror y la ternura que le inspiraba.

Y la noche de la instalación del tío Fouan en el Castillo, como llamaban á la cueva donde vivía Jesucrito, desde la primera cena que la muchacha sirvió á su padre y á su abuelo, de pié, detrás de ellos, como criada respetuosa, estalló de aquel modo la alegría muy ruidosamente. El viejo había dado cien sueldos, y esparcíase el grato olor de lo que guisaba la pequeña, chupándose los dedos. Al servir un plato, por poco lo deja caer, pasmada. Jesucrito, antes de sentarse, dejó escapar tres, regulares y secos.

—¡Una salva! Es para indicar que la fiesta comienza.

Luego soltó un cuarto, solitario, tremendo, injurioso.

—¡Para esos tunantes de Buteau! A ver si los ahoga!

Fouan, sombrío desde su llegada, sonrió, aprobando con un movimiento de cabeza. Allí estaba

en su terreno, porque él también había sido un buen punto en sus tiempos, y en su casa los muchachos habían crecido tranquilos en medio del bombardeo paternal. Puso los codos en la mesa y se abandonó á su dulce bienestar enfrente de aquel demonio de Jesucrito que le contemplaba con ternura, con su aire de canalla buen muchacho.

—¡Ah, papá, qué bien lo vamos á pasar! Ya veréis; yo me encargo de todo..... Cuando estéis comiendo tierra, ¿de qué os servirá el haberos privado de un buen bocado?

Cansado de la sobriedad de toda su vida, teniendo necesidad de aturdirse, Fouan acabó por decir lo mismo.

—Seguramente que vale más comérselo todo que dejarlo á los demás..... ¡A tu salud, muchacho!

La Trouille servía en aquel momento un plato de carne. Hubo un momento de silencio, y Jesucrito, para que no decayera la conversación, soltó uno prolongado que atravesó las pajas de su silla con la modulación cantante de una voz humana. Volvióse en seguida hacia su hija y le preguntó con mucha seriedad:

—¿Qué es lo que dices?

Ella no decía nada, y tuvo que sentarse, pues la risa no la dejaba estar en pié. Pero lo que colmó su regocijo fué, después de la carne y del queso, la expansión final del padre y del hijo, que se habían puesto á fumar sus pipas y á beber aguardiente. Estaban silenciosos, con la boca pastosa y muy borrachos.

Lentamente, Jesucrito levantó una pierna y tronó; después miró hacia la puerta gritando:

—¡Entrad!

Entonces Fouan, provocado, encontró su fuerza juvenil, y con la pierna levantada, tronó á su vez, respondiendo:

—¡Aquí estoy!

Estrecháronse los dos las manos riendo y bromeando. Bien había estado aquello. Acaso demasiado bien para la Trouille, que se cayó al suelo, agitada por una risa frenética, hasta el punto de que en las sacudidas, ella también soltó uno, pero ligero, fino y musical, como el sonido de una flauta, al lado de las notas de órgano de los dos hombres.

Indignado Jesucristo se levantó con el brazo extendido y con un gesto de autoridad trágica.

—Fuera de aquí, ¡cochina!..... ¡Fuera de aquí, asquerosa!..... ¡Voto á.....! ¡Voy á enseñarte á respetar á tu padre y á tu abuelo!

Jamás le había tolerado aquella familiaridad. Era preciso tener más edad. Y agitaba el aire con la mano, afectando que se asfixiaba por aquel suave sonido de flauta; los suyos, decía, no oían más que á pólvora. Luego, como la culpable, muy colorada y muy trastornada por su olvido, negase y se defendiese para no salir, la echó fuera de un empujón.

—¡Gran cochina, sacude tus faldas!..... No volverás á entrar en una hora, hasta que te hayas aireado bien.

Desde aquel día comenzó una verdadera vida de holgazanería y de broma. Dieron al viejo la alcoba de la muchacha, uno de los compartimientos de la antigua cueva, dividido en dos por un tabique de tablas; y ella, complaciente, tuvo que re-

tirarse al fondo, á una excavación en la roca, que formaba como una contra-alcoba, y donde se abrían, según la leyenda, inmensos subterráneos que los derrumbamientos habían cegado. Lo peor era que el castillo, aquella madriguera, se enterraba más cada invierno á consecuencia de las grandes lluvias; hasta se habrían venido abajo los antiguos cimientos, los muros de piedras secas, si los tilos seculares no lo hubieran sostenido todo con sus gruesas raíces. Pero así que llegaba la primavera, se gozaba allí de una encantadora frescura. El roble que tapaba la ventana se llenaba de flores rosadas, y la misma puerta se cubría de madreselva, hasta el punto de que para entrar había que separarla como una cortina.

Sin duda la Trouille no guisaba todas las noches carne. Esto no ocurría más que cuando sacaban al abuelo alguna moneda de plata, y Jesucristo, sin poner en ello discreción, no le violentaba y lo iba conquistando por la glotonería. Disfrutaba en grande los primeros días del mes, cuando Fouan tomaba los diez y seis francos de la pensión de los Delhomme; luego había grandes fiestas cada trimestre, cuando el notario le entregaba su renta de treinta y siete francos y medio. Al principio no les daba más que diez á diez sueldos, queriendo que aquello durase, obstinado en su antigua avaricia; y poco á poco se abandonaba entre las garras del gran tragón de su hijo, acariciado, sonsacado por historias extraordinarias, algunas veces por las lágrimas, de tal modo que soltaba piezas de dos y tres francos, cayendo él mismo en la glotonería, diciéndose que más valía comérselo todo, puesto que más pronto ó más tarde se lo ha-

bían de comer. Por otra parte, había que hacer esta justicia á Jesucristo: lo partía todo con el viejo, y le divertía si lo robaba. En su tunantería valía más que el canalla de Buteau, de lo que por lo demás él se vanagloriaba. Al fin, con el estómago enternecido, hasta se olvidó de la hucha, sin tratar de saber nada de ella: su padre era libre de hacer lo que quisiera, y nada más se le podía pedir desde el momento en que pagaba festines de buena gana. Y no volvía á soñar con el dinero entrevisto, oculto Dios sabe dónde, más que en la segunda quincena del mes, cuando ya estaban vacíos los bolsillos del viejo. No había ni un cuarto. La pegaba contra la Trouille, que servía patatas sin manteca, y se apretaba el vientre, pensando que era una majadería pasar privaciones por guardar el dinero, y que un día, al fin, habría que desenterrar y romper la hucha.

Pero aun en las noches sin pan, cuando estiraba sus miembros reaccionando contra el entorpecimiento, seguía expansivo y tempestuoso, como si hubiera comido bien, reavivando la alegría con una andanada de artillería gruesa.

—¡Para los tontos!

Fouan, por lo demás, no se aburría ni aun en aquellos penosos fines de mes; porque la hija y el padre se ponían entonces en campaña para llenar la marmita. El primer día que el viejo había visto á la Trouille traer una gallina cogida con lazo, se había incomodado. Ella le hizo reír la segunda vez una mañana que estaba escondida entre las hojas de un árbol, echando un anzuelo con un pedazo de carne en medio de una bandada de gansos: uno de éstos se lanzó bruscamente hacia el anzuelo y se

lo tragó todo, carne anzuelo y cuerda, y en seguida desapareció por los aires, ahogado, sin lanzar un graznido. Aquello no era muy honrado seguramente; pero los animales que andan por todas partes debían ser del que los coge, y mientras no se robe dinero.....

Desde entonces se interesó en los merodeos de aquella andrajosa, historias increíbles, un saco de patatas que el dueño la había ayudado á llevar, vacas pastando ordeñadas en una botella, hasta ropa de las lavanderas que llenaba de piedras y echaba al fondo del Aigre, donde ella se metía por las noches para sacarla. Siempre se la veía por los caminos, y sus gansos no eran más que un pretexto continuo para recorrer todo el país espiando una ocasión desde un foso, durante horas, con el aire inocente de una muchacha que lleva á comer á su manada; hasta se servía de sus gansos como si fueran perros que graznando la advertían la aproximación de cualquiera importuno que pudiera sorprenderla. Tenía por entonces diez y ocho años y apenas aparentaba doce, siempre delgada y pequeña, con su cabeza de cabra, sus ojos verdes y su boca grande y torcida hacia la izquierda. Bajo las blusas viejas de su padre, su pecho de niña se endurecía sin crecer. Parecía un verdadero muchacho que no quería más que á sus animales, que se burlaba de los hombres, lo que no le impedía, cuando se escondía con algún galopín de su edad, acabar el juego boca arriba, naturalmente, porque para aquello estaba hecha y porque no traía consecuencias.

Ella siempre lo hacía con los vagabundos de los caminos; y aquello habría sido una porquería

si los hombres formales, las gentes de edad, encontrándola mal de carnes, no la hubieran dejado tranquila. En fin, como le decía el abuelo, divertido y seducido, aparte de que ella robaba mucho y de que le faltaba un poco de decencia, era una muchacha muy graciosa, menos mala de lo que se hubiera podido creer.

Pero Fouan se divertía, sobre todo, acompañando á Jesueristo en sus merodeos por los campos. En el fondo de todo campesino, aun del más honrado, hay un cazador furtivo; y se interesaba en las trampas, en los lazos puestos, extraordinarias invenciones de salvaje, una guerra de astucia, una lucha continua con el guarda rural y con los gendarmes. Así que los sombreros galoneados y las bandoleras amarillas asomaban por un camino, el padre y el hijo se metían por entre los sembrados, ó se tendían en un talud fingiendo dormir; luego, de pronto, gateando á lo largo de los fosos, el hijo iba á coger las piezas, mientras que el padre con su aire inocente de buen viejo continuaba vigilando á gendarmes y guardas. En el Aigre había truchas soberbias que vendían á cuarenta y á cincuenta sueldos á un tendero de Chateaudun; lo peor era que necesitaban espiarlas durante horas tendidos boca abajo. Con frecuencia iban hasta el Loir, en cuyo fondo había muchas anguilas. Jesueristo, cuando sus cañas no sacaban nada, había imaginado una pesca cómoda, que consistía en desvalijar por las noches las pescaderías de los pueblos inmediatos.

Aquello no era más que una diversión, porque toda su pasión la ponía en la caza. Sus batidas abrazaban muchas leguas, y no despreciaba nada,

desde las perdices hasta las alondras. Rara vez empleaba el fusil, cuyas detonaciones se oyen mucho en las tierras llanas. No levantaba el vuelo una bandada de perdices que él no la conociese, hasta el punto de saber el sitio y la hora en que los polluelos, pesados de sueño ó entumecidos por el rocío, se dejaban coger con la mano. Tenía trampas perfeccionadas, y mataba á pedradas las bandadas de pájaros que parecen traer los grandes vientos de otoño. Hacía veinte años que exterminaba de este modo la caza de la comarca, donde no saltaba ni un conejo por las orillas del Aigre, lo cual desesperaba á los cazadores. Sólo se le escapaban las liebres, bastante raras por lo demás corriendo libremente por la llanura, donde era peligroso perseguirlas. ¡Oh, las pocas liebres de la Borderie! Soñaba con ellas y arriesgaba la piel por matar de vez en cuando alguna de un tiro. Fouan, cuando le veía coger su fusil, no le acompañaba; aquello era una tontería, y acabaría por ser cogido.

La cosa llegó naturalmente. Es preciso decir que Hourdequin, exasperado por la destrucción de la caza en sus dominios, daba á Bécú órdenes severas; y éste, malhumorado por no coger jamás á nadie, había acabado por acostarse en un pajar para espiar mejor. Una mañana, al amanecer, un tiro, cuyo foganazo le pasó por la cara, le despertó con sobresalto. Era Jesueristo en acecho detrás del pajar, que acababa de matar la liebre.

—¡Ah, voto á.....! ¡eres tú!—exclamó el guarda, apoderándose del fusil que el otro había dejado en el suelo para ir á coger la liebre. ¡Ah, canalla! ¡debí sospecharlo!

En la taberna eran buenos amigos, pero en el campo no podían encontrarse sin peligro.

—Pues bien, sí, yo soy y te desprecio. Devuélveme mi fusil.

Ya Becú estaba disgustado por aquel encuentro. Ordinariamente, cuando veía á Jesucristo por la derecha, tomaba por la izquierda. ¿Á qué indisponerse con un amigo? Pero aquella vez le era imposible hacer la vista gorda. Y por otra parte, cuando se ha faltado hay que ser más cortés.

—¡Tu fusil, borracho! Voy á depositarlo en la alcaldía..... ¡Y no te muevas, ó te suelto un tiro en la tripa!

Jesucristo, desarmado y furioso, dudó en saltarle al cuello. Luego, cuando le vió dirigirse al pueblo, lo siguió, llevando la liebre que se balanceaba en su mano. Uno y otro anduvieron un kilómetro sin hablarse y echándose miradas oblicuas y feroces. Á cada minuto parecía inevitable una lucha; y sin embargo, aumentaba el fastidio de los dos. ¡Maldito encuentro!

Cuando llegaban á la espalda de la iglesia, á dos pasos del castillo, el cazador intentó un último esfuerzo.

—Vamos, hagamos las paces..... Entra á casa á beber un vaso.

—No, es preciso que preste mi declaración—contestó el guarda con tono seco.

Y se obstinó como antiguo soldado que conoce su consigna. Sin embargo, se detuvo y acabó por decirle, cuando el otro le cogió por el brazo para llevarsele:

—Si tienes tinta y pluma, da lo mismo. En tu casa ó en otra parte, he de extender la denuncia.

Cuando Becú llegó á casa de Jesucristo, salía el sol, y el tío Fouan, que fumaba ya su pipa en la puerta, lo comprendió todo y se inquietó tanto más cuanto que las cosas se habían puesto muy graves: sacaron tinta y una pluma vieja, y el guarda comenzó á buscar sus frases con aire de profunda meditación y los codos apoyados en la mesa. Pero al mismo tiempo, á una indicación de su padre, la Trouille había servido tres vasos y una botella; y á la quinta línea, Becú, agotado, no acertando á redactar la narración de los hechos, aceptó un trago. Desde aquel momento la situación cambió. Apareció otra botella, y luego una tercera. Dos horas después hablaban los tres hombres amistosamente; los tres estaban completamente borrachos y habían olvidado del todo el asunto de la mañana.

—Oye, buena pieza—exclamó Jesucristo—¿sabes que duermo con tu mujer?

Era verdad. Desde la fiesta tumbaba á la Becú en todos los rincones, tratándola siempre de pellejo viejo, sin delicadeza. Pero Becú, que tenía mal vino, se incomodó. Si toleraba la cosa cuando estaba despejado, le molestaba cuando estaba borracho. Blandió una botella vacía y balbuceó:

—¡Eres un cochino!

Pero la botella se estrelló contra la pared y no tocó á Jesucristo, que sonreía dulcemente. Para apaciguar al guarda convinieron en seguir reunidos y en comerse la liebre en seguida. Cuando la Trouille hacía un jigote, esparciase un apetitoso olor hasta el otro extremo de Rognes. Aquel fué un gran festín que duró toda el día. Todavía estaban á la mesa cuando oscureció. Encendieron